

www.elboomeran.com

ALESSANDRO MARZO MAGNO
LOS PRIMEROS EDITORES

TRADUCCIÓN DE MARILENA DE CHIARA

MALPASO

BARCELONA MÉXICO BUENOS AIRES NUEVA YORK

*Para Marco y Peter:
que los libros los acompañen*

El libro es el mejor amigo del hombre después del perro.

GROUCHO MARX

Los topónimos siempre generan más malentendidos de los deseados, sobre todo porque el cruce de los nacionalismos hace que designar un sitio en una lengua y no en otra se interprete a menudo como señal de una elección política más que léxica: un griego no diría «Estambul» ni bajo tortura porque, para los turcos, los términos *Constantinopla* y *Estambul* convivieron al menos hasta Kemal Atatürk. La ignorancia geográfica se encarga de lo demás: a menudo se lee acerca de Veglia y Krk como si fueran lugares distintos y no los nombres, en italiano y en croata (el segundo derivado del latín *Curicta*), respectivamente, de la misma isla del Golfo de Carnaro. En otro tiempo, además, se tendía a usar formas adaptadas (exónimos) mucho más que ahora, cuando los esnobs incurables hablan de Beijing, y no de Pekín, dejando perplejos a quienes los escuchan.

Todas las decisiones son discutibles, aunque es ineludible tomarlas en aras de la claridad. Este libro trata sobre todo de una época, el Renacimiento, en una ciudad, Venecia, que la historia ha acabado por colocar en Italia. Por tanto, hemos decidido utilizar los topónimos de origen italiano, pero indicando entre paréntesis (la primera vez que se mencionan) la versión en la lengua que hoy se habla en esos lugares. Por ejemplo, Capodistria, población veneciana durante medio milenio, hoy se llama Koper y se encuentra en Eslovenia, de modo que se indicará como Capodistria (Koper). A veces hay incluso un nombre veneciano distinto del italiano, como en el caso de Candia, territorio de la Serenísima durante casi quinientos años, que hoy se conoce como Creta, denominación tomada del mundo clásico. En lo que concierne a Constantinopla/Bizancio/Estambul, se ha decidido utilizar Constantinopla, nombre muy querido para Venecia, sin quitarle un ápice de dignidad e importancia a los otros dos topónimos.

VENECIA, CAPITAL DEL LIBRO

Si hoy, en el siglo XXI, queremos ir desde Rialto a la Plaza de San Marcos, debemos recorrer una calle llamada Mercerie. En los escaparates de las tiendas se pueden contemplar algunos de los productos que tanta fama dan a Italia: zapatos, ropa, bolsos y joyas. Hay una tienda de Gucci y también una de Ferrari, toda de color rojo, donde se expone un auténtico bólido de Fórmula 1.

Si retrocediéramos en el tiempo y recorriéramos esa misma calle en 1520, la reconoceríamos sin dificultades: en cinco siglos ha cambiado poco y, sobre todo, su vocación comercial ha permanecido intacta. Si hoy la calle Mercerie es un escaparate del *made in Italy*, entonces lo era del *made in Venice*, que, en comparación, era mucho más importante. Hoy Italia es la sexta o la séptima potencia industrial del mundo, pero hace medio milenio Venecia se encontraba en lo alto del podio. En la Europa de aquel entonces solo había tres poblaciones que superaban los ciento cincuenta mil habitantes: Venecia, París y Nápoles.

¿Qué hubiéramos encontrado en las tiendas (que a menudo también eran talleres y viviendas) de la calle Mercerie en el siglo XVI? Tejidos, por ejemplo, como las espléndidas telas teñidas de rojo por las que Venecia era famosa, coloreados gracias a fórmulas secretas heredadas de los bizantinos. O paneles de cuero repujados y decorados con pan de oro, utilizados para embellecer los interiores de los palacios y elaborados a partir de técnicas aprendidas en España, que a su vez las había recibido de los árabes. Y armas, muchísimas armas; disputadas y deseadas por ricachones y soberanos de media Europa incapaces de

ir al combate sin ataviarse con la carísima chatarra *made in Venice*. Los nombres de un par de calles cercanas, Spadaria (de *spada* [espada]) y Frezzaria (de *freccia* [flecha]), todavía evocan aquella antigua vocación.

Pero lo que más atraía al visitante extranjero eran los libros: decenas y decenas de librerías acumuladas en una abundancia sin parangón en otras ciudades de Europa. Tenemos noticia de auténticas rutas de compra, como la que describe el historiador Marcantonio Sabellico (que se beneficiará de la primera forma conocida de *copyright*) cuando habla de dos amigos que salen del Fontego dei Tedeschi, al pie del Puente de Rialto, con la intención de llegar a San Marco, pero no consiguen alcanzar su destino, devorados por la curiosidad de leer las listas de libros colgadas fuera de las tiendas (*Fontego* significaba «almacén» en veneciano; el Fontego dei Tedeschi o de los alemanes —que todavía existe, así como el de los turcos— era el lugar donde residían, guardaban su mercancía y gestionaban sus negocios los mercaderes de Europa central, la mayoría de habla germana).

Ni siquiera la Alemania de Gutenberg, donde la imprenta de tipos móviles había sido inventada más o menos sesenta y cinco años antes, entre 1452 y 1455, podía arrebatarle la primacía: en la primera mitad del siglo XVI, era en Venecia donde se imprimía la mitad de los libros que se publicaban en Europa. Y esta primacía no era solo cuantitativa, sino también cualitativa, «por la riqueza y la belleza de los volúmenes que sus impresores producían».¹ Sin la industria editorial veneciana de aquel siglo no existiría el libro tal y como lo conocemos hoy, y tampoco la lengua italiana tal como la hablamos hoy. El italiano se basa en la obra de los toscanos Dante y Petrarca, pero son las ediciones venecianas a cargo del humanista Pietro Bembo e impresas por el rey de los editores, Aldo Manuzio, las que decidieron la influencia que aún perdura.

Entremos en una de aquellas librerías. Podemos hacernos una idea gracias a la detallada descripción de Angela Nuovo en su texto sobre el comercio de libros (*Il commercio librario nell'Italia del Rinascimento*). Parte de la mercancía está expuesta fuera; sobre un par de bancos se pueden admirar las portadas (y solamente aquellas, para desalentar los robos) de clásicos latinos y griegos (con una prevalencia de los primeros), de textos religiosos (biblias y comentarios), y luego estampas, paisajes de ciudades cercanas y lejanas, representaciones de pueblos que difícilmente a lo largo de la vida se hubieran podido visitar; libros en lenguas extrañas y remotas, habladas por los numerosos visitantes de una ciudad cuyo crisol de razas solo es comparable con el de Nueva York hoy en día. Hay obras en armenio, una Biblia en bohemio, un texto en glagolítico (el alfabeto de la antigua Croacia medieval), otro en cirílico y, naturalmente, considerando que el gueto de Venecia, instituido en 1516, es el primero de la historia, numerosos volúmenes en hebreo. Muchas librerías son también «oficinas», es decir, imprentas, por lo cual la mayoría de los libros en venta constituyen la producción del tipógrafo-editor. En el banco exterior o colgado en el marco de la puerta, el catálogo de los libros publicados y en venta siempre está disponible; en general son tres o cuatro hojas dobladas por la mitad, una dentro de la otra. Otras tiendas de libros son en cambio papelerías, es decir, lugares donde se venden las obras manuscritas y las herramientas necesarias para realizarlas: hojas de papel, tinta y plumas. En la era de la imprenta los vendedores de papel sustituyen los libros escritos en el banco del amanuense por aquellos elaborados por la plancha del tipógrafo.

Ahora miremos en el interior: ahí está el escaparate, dominado por una cortina que protege los libros del sol y de la lluvia, abierta, porque la técnica para producir láminas de cristal

transparente se refinaría unos siglos más tarde (las ventanas están formadas ahora por pequeños discos de cristal unidos entre sí con plomo). En el escaparate, donde evidentemente el peligro de robo es menor, hay expuestos libros enteros, algunos en pliegos sueltos, otros encuadernados en volúmenes y apoyados, abiertos, en un atril, para que las páginas sean visibles. El libro es aún un producto para élites, a menudo muy caro, y para incrementar su valor se recurre a miniaturistas que dibujan letras mayúsculas al principio de los capítulos, en los espacios que el tipógrafo ha dejado en blanco, mientras que los rubricadores se encargan de las mayúsculas de menor tamaño al comienzo de los párrafos, en las páginas internas. Algunos libros contienen grabaciones xilográficas que por su contenido han hecho fruncir el ceño a más de un religioso, como la representación del priapismo en el *Polifilo* de Francesco Colonna o las dieciséis posiciones sexuales que ilustran los *Sonetos lujuriosos* de Pietro Aretino, obra impresa clandestinamente en Venecia en 1527, una muestra de auténtica pornografía a los ojos de los lectores de su tiempo.

El interior de la tienda-taller es muy distinto de lo que vemos en una librería actual. El libro del siglo XVI se vende en pliegos sueltos y es el comprador quien se encarga de hacerlo encuadernar (y también miniaturizar y rubricar) a su gusto. Algunas encuadernaciones son verdaderas obras de arte realizadas con tejidos y metales preciosos. Si el libro está destinado a un monasterio, la encuadernación será más sencilla, en pergamino liso, pero también en este caso implica cierto gasto añadido en comparación con el volumen suelto. Los pliegos sueltos se empaquetan con papel azulado para ser conservados, alineados y apilados en estanterías de pared, cada uno identificado por su etiqueta con el título y el autor. En realidad hay algunos libros ya encuadernados (usados, pues), pero son pocos y se hallan en

un sector muy identificable de la tienda. Cuestan el doble que la misma edición suelta para subrayar en qué medida una encuadernación puede incidir en el precio final. Estos sí se guardan de pie, pero al revés que hoy en día, para que sea visible el corte y no el lomo. El aspecto de los libros en las paredes es el de una homogénea alineación de hojas de papel, algunas horizontales, otras verticales, «con un resultado de conjunto cromáticamente muy compacto».² Los libros no se identifican a partir de su encuadernación, evidentemente considerada de poca ayuda; a menudo los volúmenes antiguos han conservado hasta hoy la indicación del título y del autor impresos en el corte. El papel del librero es fundamental, no solo para explicar qué contiene el libro, sino simplemente para identificarlo y sacarlo de la estantería. Casi todas las representaciones de librerías que han llegado hasta nosotros muestran al dueño empeñado en ofrecer explicaciones al cliente.

El puente de mando de la tienda es el mostrador; ahí está el atril con el cuaderno donde el propietario anota todo lo que necesita; hay varios objetos: el tintero, las plumas y todo lo que pueda ser útil en la gestión cotidiana de la tienda. En los numerosos cajones se guardan discretamente los dietarios y se ocultan los pliegos destinados a una clientela restringida (como las obras que llegan de los países de la Reforma Protestante).

Como un capitán en la toldilla de su nave, desde el mostrador el librero vigila lo que ocurre en su tienda y escucha las conversaciones con circunspección, evitando infringir las normas de la buena educación. Tenemos testimonios de las numerosas tertulias que tuvieron lugar en las librerías del Renacimiento, lugares de encuentro para intelectuales, que llegaron a parecerse a auténticas academias.

La disposición del material a la venta es fundamental; por mucho que el cliente pueda sentirse atraído por las listas colga-

das en la calle o por los bancos de exposición, entonces como ahora el posible comprador deambulaba por la tienda mirando las estanterías. No sabemos con precisión cómo se agrupaban los libros, pero sí que los de derecho se encontraban aislados de los demás, y esta posición privilegiada se debía a su coste: «Por valor comercial, prestigio y simple cantidad, el derecho eclipsaba todos los demás ámbitos de la industria editorial veneciana».³

Aunque no podamos entrar en una librería veneciana del Renacimiento a echar una ojeada, conocemos algunos de sus detalles gracias al registro diario, el *Zornale*, del librero Francesco de' Madi, que se abre con fecha del 17 de mayo de 1484 y se cierra cuatro años después, el 23 de enero de 1488.⁴ No sabemos si aquel día Francesco empezó una nueva actividad o simplemente comenzó a utilizar un nuevo registro porque en el anterior ya no había espacio. Sin embargo, sí sabemos que coloca en la librería 1.361 libros, repartidos en 380 ediciones (lo que significa una media de 3,5 volúmenes por edición), que pone a la venta más de una edición de algunos títulos, por ejemplo biblias y misales. (Los dieciséis inventarios de librerías compilados entre 1482 y 1596 muestran que se exponía un mínimo de 104 y un máximo de 3.400 volúmenes, y que la media de ejemplares por edición iba desde un mínimo de 1,8 hasta un máximo de 6,8; siempre pocas copias por edición para no inmovilizar demasiado capital.)⁵

Una cuarta parte de los libros en las estanterías de Madi son clásicos latinos, dispuestos al lado de un pequeño grupo de volúmenes griegos, autores medievales y humanistas elevados al rango de clásicos, como Boccaccio o Dante. Esta sección de la tienda está dirigida sobre todo a los maestros de las escuelas humanistas y, de hecho, no se encuentran gramáticas latinas (reservadas a los alumnos), mientras que sí hay gramáticas

griegas, materia que no se enseñaba en las escuelas. En segundo lugar, atendiendo a la cantidad (20 por ciento), están los textos religiosos: biblias y comentarios, escritos de los padres de la Iglesia y compilaciones de discursos, textos teológicos y litúrgicos; esta también, como la primera, es de alguna forma una sección profesional, reservada al clero. Y luego está la sección general, dedicada a la lectura de entretenimiento, es decir, a los libros en lengua vulgar (16 por ciento); aunque haya muchos títulos, ocupan un espacio reducido. Se encuentra una gran variedad de textos: devocionales, novelas caballerescas, Petrarca y Boccaccio, traducciones de clásicos latinos (Livio, Cicerón, Ovidio) y sobre todo el libro del ábaco. El texto para aprender a calcular es fundamental en una ciudad de mercaderes y está escrito en lengua vulgar porque en las escuelas humanistas no está previsto el estudio de las matemáticas en latín. Ahora pasemos a la sección jurídica: pocos títulos (7 por ciento), pero resulta fundamental para una librería del Renacimiento. Comentarios, repertorios y tratados son los libros más caros de la tienda y ocupan un espacio muy superior al número de títulos. Durante meses enteros nuestro librero no vende ni un solo texto de derecho, hasta que de pronto llega un cliente que compra varios y paga con monedas de oro. Por ejemplo, durante el mes de septiembre de 1485, aunque los ingresos sumen solo 39 ducados y medio, un tercio de esta cifra llega de la única venta de siete libros de jurisprudencia por 12 ducados y medio. Un texto jurídico era inaccesible para un pequeño impresor por la alta inversión en papel, tiempo y trabajo, mientras que para un editor prestigioso representaba beneficios elevados y seguros.⁶

Lo que queda en la librería de Francesco son las minucias: textos escolares y gramáticas latinas, escritos universitarios de filosofía y medicina. En Venecia no hay universidad; si la libre-

ría hubiera estado en la cercana Padua, sede de la segunda institución universitaria del mundo tras la de Bolonia, esta sección habría sido más relevante. Un pequeño porcentaje de las obras que figuran a la venta está constituido por volúmenes que aún no están dispuestos en las estanterías y por libros encuadernados, es decir, usados. También en este último caso hay que mencionar una diferencia importante con respecto a nuestros tiempos: el concepto de libro usado como objeto viejo y de coste reducido queda aún muy lejos. El precio está determinado por el valor de la encuadernación y solo después por el estado de conservación. Solo hacia la penúltima década del siglo XVI, el comercio de lo usado se amplía y empieza el proceso de devaluación que dura hasta nuestros días. En la primera mitad del siglo, en cambio, «la extraordinaria abundancia del libro nuevo volvía ciertamente poco competitivo el libro usado en cuanto al precio, e inútil en cuanto a la variedad».⁷

Durante los cuatro años de actividad a los que hace referencia el diario, el librero vende 12.934 volúmenes, por un total de 4.200 ducados (14,7 kilos de oro), aunque con profundas variaciones, desde el mínimo de 60 libros en octubre de 1485 al máximo de 535 en mayo de 1487, con unos beneficios mensuales variables de 13 a 120 ducados. Francesco de' Madi proporciona trabajo continuado a cuatro encuadernadores; parte de los libros encuadernados presentes en su inventario están destinados a la feria primaveral de la Sensa (Ascensión), que se celebra en la Plaza de San Marcos. Pero se trata de una producción más bien popular y poco costosa (también hay varios grabados) reservada precisamente para dicha ocasión. En esas dos semanas de feria Francesco no consigue particulares ganancias porque los clientes habituales prefieren comprar en la librería, y si la participación en ella no fuera obligatoria, es muy probable que él y otros libreros venecianos ni siquiera participaran;⁸ en

cualquier caso, la feria de la Sensa «permitía llegar a clientes ocasionales y a menudo ajenos al mundo del libro».⁹

El mercado editorial en Venecia es tan importante que convierte a la ciudad en una suerte de feria permanente durante todo el año. En las dos ferias de libros más importantes de Europa, Lyon y Fráncfort (esta última ha conservado la primacía europea hasta hoy), la presencia de los impresores y mercaderes venecianos es preponderante hasta principios del siglo XVII, si bien en adelante prevalece Amberes. «En Italia no había necesidad alguna de ir a las ferias para abastecerse de libros, como nos confirman numerosísimos testimonios acerca de la permanente abundancia de libros de todo género en Venecia. Normalmente, quien se proponía comprar muchos libros enviaba un representante a la ciudad con el encargo de visitar a los mejores libreros.»¹⁰ La clientela de oficinas y papelerías de la Serenísima no estaba constituida solo por estudiosos venecianos y extranjeros de paso, sino también por otros libreros italianos que se abastecían en la laguna. Francesco de' Madi menciona a sesenta y cuatro clientes, evidentemente los mejores, la mayoría de los cuales son colegas libreros.

En todo el siglo XVI se registra una tendencia al alza en el número de las obras expuestas para la venta: aumenta el número de ediciones, no así el de ejemplares por título, que se mantiene igual. «Se intenta superar a la competencia en la variedad, y, como siempre, en la calidad de los servicios accesorios (cuando se ofrecen), como la encuadernación.»¹¹

Se intenta atraer al cliente ofreciéndole la oportunidad de encontrar el título que busca, a pesar de que la lectura sigue siendo un privilegio elitista hasta finales del XVIII. Se calcula que en Alemania, en 1700, el público de lectores regulares corresponde al 1,5 por ciento de la población total, y solo durante el siglo siguiente la lectura se convertirá en un fenómeno de

masas. Sin embargo, la Venecia del XVI es excepcional también en esto: una cuarta parte de la población masculina comprendida entre los seis y los quince años va a la escuela,¹² un porcentaje insólito en cualquier otro lugar y que explica el interés por los libros.

Las obras del siglo XVI no tienen un precio de portada, como estamos acostumbrados a ver hoy. «No había ninguna regla precisa para determinar el precio, incluso de ejemplares distintos de la misma edición.»¹³ Todo dependía de la libre contratación y es muy probable que entre librero y cliente hubiera un regateo más propio de los zocos orientales que de las modernas librerías. Los precios fluctuaban de tienda a tienda, de individuo a individuo, de un día a otro. Los personajes eminentes obtenían más descuento; así ocurría con el riquísimo caballero Federico Corner, que pagaba a Francesco de' Madi un 20 o 30 por ciento menos que los demás. Los contratos más viejos incluían siempre un precio, el que el impresor le requería al librero, pero estas indicaciones poco a poco desaparecieron, quizá por las presiones de los comerciantes que querían reservarse el margen de maniobra más amplio posible. Las variaciones podían ser enormes, tanto que en 1502 un tal Johann Reuchlin le escribe al célebre Manuzio para comunicarle que en Pforzheim (Alemania) puede adquirir un libro suyo por un precio inferior al que el mismo editor pide en Venecia.

En cualquier caso, el paso del manuscrito al libro provoca una caída histórica de los precios. Si, como veremos, un compositor gana 3-4 ducados al mes y un corrector 5-6, un manuscrito lujoso de 200 páginas cuesta casi 26 ducados, mientras que uno económico oscila entre los 4 y los 14. No obstante el precio infinitamente inferior, una edición impresa y comentada de Dante (1 ducado) es sin embargo un lujo al alcance de pocos, mientras que los libros populares también lo son con res-

pecto al precio: las gramáticas latinas para la escuela cuestan 6 sueldos (una fracción de la lira, un ducado equivale a 6 liras o 120 sueldos) y una obra en lengua vulgar de Boccaccio cuesta solo 10 sueldos.¹⁴

La fragmentación de la Europa de la época en un gran número de estados pequeños y medianos, cada uno con su propia moneda, favorece la gran variabilidad de los precios y determina un sistema comercial basado en el canje, para contrarrestar la volatilidad y la dificultad de los cambios. Se intercambian libros con libros, pero también libros con harina, vino y aceite. Los papeleros se abastecen a crédito y se difunde el uso de la partida doble, la técnica contable introducida entre el siglo XIII y la primera mitad del siglo XIV en el triángulo Génova-Floren- cia-Venecia. El primero en teorizar la partida doble —en la práctica su inventor— es un mercader de Ragusa (Dubrovnik), durante mucho tiempo cónsul en Nápoles de la república dál- mata. Benedetto Cotrugli (Benko Kotruljić en croata) escribe su tratado durante la segunda mitad del siglo XV y la primera edi- ción impresa se realiza en la oficina veneciana del Elefante en 1573, más de cien años después de la muerte del autor. *Sobre el comercio y el mercader perfecto* es el libro que difunde esta técni- ca contable, posteriormente codificada por Luca Pacioli, y no es casualidad que en Venecia, por partida doble, comercio e im- presión alcancen la máxima expresión en la Europa del Renaci- miento.

Mientras tanto, poco a poco, entre los clientes librerías se di- funde la así llamada «Frankfurter Tax»; los compradores más importantes —sobre todo universidades y bibliotecas— se in- forman a través de terceros de los precios establecidos en la fe- ria de Fráncfort para poder controlar lo que solicitan los mino- ristas de sus respectivas ciudades.¹⁵ «Los precios se volvían menos volátiles en dos circunstancias: cuando los libros se

vendían ya encuadernados y cuando estaban impresos en pergamino»;¹⁶ en el primer caso el librero debe tasar un proceso cuyos costes conoce bien; en el segundo, el valor de la materia prima se impone sobre cualquier otra consideración.

El papel puede incidir hasta el 50 por ciento en el coste de un libro del Renacimiento y se consume en cantidades elevadas: tres resmas, es decir, 500 folios al día por cada plancha.¹⁷ El papel liso cuesta cinco veces más que el de calidad inferior, y el precio sufre en el tiempo variaciones importantes: al principio del siglo XVI la demanda se dilata hasta el punto de que los fabricantes tienen que bajar los precios. El impresor llega a endeudarse para comprar papel, pues es bastante común que el productor del mismo se convierta en acreedor, concediendo de una en una las resmas hasta el final de la impresión, y asumiendo el control de la tipografía en caso de fracaso económico. En efecto, no es inusual que los proveedores de «papel blanco», al disponer de la materia prima, comercialicen también el «papel negro» (impreso), como es el caso de los Paganini, los editores del primer Corán.

Entre el instrumental, la plancha es el elemento menos laborioso: se trata de una «bestia» conocida, más bien parecida a la prensa utilizada para el vino. Hacia 1480 se introduce la plancha móvil, que agiliza la imprenta; una plancha del siglo XIII puede imprimir trescientas hojas al día; hacia finales del siglo XIV se llega a cuatro o incluso cinco veces más.¹⁸ Lo que sí resulta muy caro son los tipos; la realización de los sellos precisa de mucha especialización y son los orfebres quienes se dedican a esta actividad (el mismo Gutenberg era orfebre), naturalmente a cambio de una generosa retribución. Pocos impresores pueden proclamarse autosuficientes, y la realización de sellos en acero, placas en cobre y tipos en plomo, estaño y antimonio, en general se contrata externamente. Poco a poco se desarrolla

una industria especializada, hasta que en 1540 el francés Claude Garamond se convierte en el proveedor de casi todas las tipografías europeas.¹⁹

A la plancha se dedican tres personas: el compositor, el encargado de entintar y el que se ocupa de la impresión en sí; una pequeña imprenta podía emplear a seis personas, mientras que una que dispusiera de seis a ocho prensas y entre treinta y cuarenta trabajadores era una empresa de dimensiones notables. Solo el compositor necesitaba cierta especialización y, a juzgar por los comentarios satíricos de la época, eran numerosos los sirvientes desempleados y los estudiantes sin blanca dispuestos a cubrir cualquier vacante de este tipo.²⁰ De todas formas, el trabajo está bien pagado; en Padua en 1475 un compositor gana 3 ducados al mes, más 1 ducado en libros para poderlos revender. Tres ducados es el sueldo mensual de un ingeniero hidráulico, trabajo para nada secundario en un estado como Venecia, cuya supervivencia pasa por regular el curso de los ríos e impedir que el mar penetre en la laguna. Los aprendices ganan alrededor de una décima parte del sueldo de un compositor experto y disponen de alojamiento y comida gratuitos durante tres años;²¹ la fluctuación constante de los precios de la comida constituye también una fuente de peleas domésticas entre propietario y aprendices. Finalmente, un corrector ganaba un sueldo que iba desde los 4 hasta los 6 ducados al mes.

Estos son los elementos principales que determinan el coste de un libro, además de otros que nos llevaría demasiado tiempo mencionar, aunque tengan su importancia, como, por ejemplo, los metales para fundir los tipos; estos se consumen muy rápidamente y a menudo hay que volver a producirlos. El pequeño impresor podía recomponer textos ya impresos o trabajar para otros, «pero los más ambiciosos intentaban acceder directamente a los manuscritos, contratar a profesionales para la

edición, y, si era posible, disponer asimismo de correctores, para controlar los resultados. El alquiler o la compra de un manuscrito podía costar cualquier cifra». ²² Los beneficios, no obstante, son muy altos, entre el 50 y el 100 por ciento, y garantizan un buen margen incluso con tiradas de solo 300-400 ejemplares. Sin embargo, el retorno de la inversión es lento y poco seguro, y los libreros retienen una comisión del 10 por ciento; por eso numerosas oficinas cierran después de una o dos ediciones. El súbito interés que despierta la imprenta se debe probablemente más a la novedad que a la rentabilidad, mientras que la elevadísima tasa de cierre de empresas indica que solo unas pocas lo consiguen y el enriquecimiento solo existe en la fantasía de quienes se endeudan para conseguir prensas y tipos. Cuando el editor Nicolas Jenson muere, deja en su testamento 4.000 ducados, una décima parte de lo que factura en un año un mercader de especias. ²³ Evidentemente, la realidad es menos halagüeña de lo que pueda aparentar, teniendo en cuenta que el cronista Marin Sanudo precisamente había escrito al respecto de Jenson: «Ganó con la imprenta muchísimo dinero». ²⁴

En la segunda mitad del siglo XVI se añade el peligro que supone la Inquisición, con secuestros de libros y condenas para los editores. En 1568 un mercader de libros de Brescia enumera una serie de quejas: tiene deudas pendientes desde hace ocho años, el mercado del libro es lento, día tras día se prohíben nuevas obras hasta el punto de que los libros publicados en un determinado año corren el riesgo al año siguiente de solo servir para envolver pescado. La Biblia impresa en Venecia en 1478 (281 folios y 930 ejemplares) le cuesta al editor entre 450 y 500 ducados por el papel y el trabajo. En 1580 una obra en cinco volúmenes, con un total de 565 folios y 1.250 ejemplares, le cuesta al impresor 1.920 ducados. ²⁵

Pero no hay cuentas que valgan; lo que parece una verdadera fiebre del libro empuja a muchos a lanzarse al nuevo negocio. En 1473, apenas cuatro años después de la introducción de la imprenta en Venecia, ya hay una crisis de sobreproducción: los almacenes están llenos de clásicos sin vender y la producción cae un 65 por ciento (en los dos años anteriores se habían impreso 134 ediciones). Y no será la única crisis que afectará al sector. Filippo y Jacopo Giunta hablarán en 1563 de libros utilizados para envolver y conservar los alimentos.²⁶ Enseguida se revela una continua tendencia a la disminución de los precios, que se acentúa sobre todo con la publicación de libros destinados a un mercado más popular, como el ya mencionado de la feria de la Sensa, y con las crisis provocadas por acontecimientos externos, como guerras o epidemias (Venecia sufre una gravísima derrota militar el 14 de mayo de 1509 que, durante unos años, le hará perder parte del control del estado en tierra firme, así como epidemias de peste bubónica en 1478 y 1576).

Desde 1469 hasta finales del siglo xv, 153 tipógrafos imprimen 4.500 títulos; suponiendo una tirada de 300 ejemplares por título, de las prensas venecianas salen 1.350.000 volúmenes, es decir, el 15 por ciento del total europeo (y se trata de un cálculo prudencial).²⁷ Hay que tener en cuenta que en la actualidad se calcula que la tirada de la Biblia de Gutenberg es de unos 200 ejemplares, y que la inicial del primer libro impreso en Venecia, las *Epistulae ad familiares* de Cicerón, de 100 ejemplares, y una vez agotada la edición, después de tres meses se imprime la segunda, de 300 ejemplares.

En el siglo xvi al menos 690 entre tipógrafos y editores imprimen más de 15.000 títulos, con tiradas medias de unos 1.000 ejemplares, con picos de 2.000 o 3.000 para las obras de las que se esperaban ventas importantes, al ritmo de 150 ediciones al año (no es posible identificar títulos porque más de uno imprime

me, por ejemplo, la Biblia).²⁸ En cualquier caso, hay quienes creen que en el siglo XVI salen de las imprentas venecianas más de 35 millones de libros.²⁹ Parece que los tipógrafos trabajen de doce a dieciséis horas diarias e imprimen entre 2.500 y 3.500 hojas por una sola cara, es decir, consiguen tirar una hoja cada veinte segundos, una productividad que nos deja maravillados.

A las fortunas de los editores se corresponden las de los autores. Se puede afirmar que el best seller nace en el siglo XVI; entre 1542 y 1560 Gabriel Giolito de' Ferrari publica veintiocho ediciones del *Orlando furioso* de Ludovico Ariosto, en la práctica una por año.³⁰ En este caso se trata de un autor vivo que ha terminado su obra una década antes, mientras que Petrarca, muerto desde hace tiempo (en 1374 para ser precisos), totaliza «148 ediciones en Italia, quizás más de 100.000 ejemplares, casi exclusivamente del *Cancionero*». ³¹ Quien decidió la suerte de Petrarca y también de Dante fue el editor más importante de todo el siglo XVI, Aldo Manuzio.

Poseer libros es bastante común: se calcula que el 15 por ciento de las familias venecianas tiene unos cuentos en casa (el 64 por ciento del clero, el 40 por ciento de los burgueses, el 23 por ciento de los nobles y el 5 por ciento de los plebeyos).³²

El aumento de las tiradas provoca también una mayor demanda de espacios para almacenar libros. Cuando el librero Matteo Codecà redacta su testamento en 1491, se cuentan más de 11.086 libros en stock (y no se trata de una gran librería); cuando en 1562 los hermanos Tramezzino (uno con tienda en Venecia y el otro en Roma) quieren repartirse el almacén, anotan en el inventario 29.294 libros, pero solo se trata de los volúmenes impresos por ellos. Uno de los dos hermanos era sobre todo un mercader internacional, de modo que los volúmenes debían de ser muchos más, considerando que los publicados por otros estaban excluidos del recuento.

Muy pronto las estancias angostas de las oficinas no son suficientes y se buscan nuevos espacios: en los palacios de los nobles y en los monasterios. Precisamente al principio del siglo XVI se ha confirmado ya la transformación del patriciado veneciano de nobleza mercantil en terratenientes: al hacer inversiones en tierra firme, los almacenes, que antes se utilizaban para guardar las mercancías traídas por los barcos procedentes de Levante, ahora están vacíos. La solicitud de los editores para alquilarlos y guardar sus libros en ellos llega en el mejor momento posible. Las órdenes religiosas, plenamente involucradas en el negocio de la imprenta, comprenden que ceder espacios a los impresores puede convertirse en una fuente estable de rentas. En 1514 los padres de Santo Stefano alquilan nueve almacenes a los libreros. Se generan así enormes acumulaciones de libros, cuyas dimensiones desconocemos. Si un editor medio de Milán, como Niccolò Gorgonzola, posee 80.000 volúmenes, ¿cuántos no tendrán guardados los editores venecianos?

Todo esto en un periodo en que las bibliotecas privadas raramente llegaban a las 2.000 obras, y las públicas alcanzaban unas pocas decenas de miles: 80.000 ejemplares se encontraban en la Biblioteca Imperial de Viena ya en 1665 (hoy, esa misma biblioteca —ya no imperial— cuenta con más de 3 millones de libros, mientras la British Library posee 14 millones y la Biblioteca del Congreso más de 33 millones). Venecia, una vez más, representa la excepción; en 1523 la biblioteca del noble y culto cardenal Domenico Grimani cuenta con 15.000 volúmenes (aunque no se trata de un dato seguro) y la del historiador Marin Sanudo sobrepasa los 6.000. «La colección privada más grande que Venecia vio hasta 1700 es la de Marin Sanudo.»³³ Seis mil quinientos títulos, un «verdadero coloso en el panorama veneciano y europeo [...], prototipo sin parangón de la biblioteca del historiador de profesión».³⁴ Poseer una biblioteca

es un signo de prestigio social propio de un «grande», y esto quizá explique por qué se trata de un fenómeno realmente elitista, mucho más que la propiedad de obras de arte, al contrario que hoy. A partir de una investigación centrada en los testamentos del siglo xvi, resulta que «el libro está presente en 146 casas de las 937 estudiadas, un porcentaje de casi el 15 por ciento. Una presencia modesta, si se compara con la de los cuadros, que representa el 90 por ciento».³⁵

Tanto papel acumulado aumenta el peligro de incendios, siempre al acecho en una ciudad construida sobre todo con madera (el Palacio Ducal se incendia dos veces, en 1483 y 1577, y ya en 1290 los vidrieros fueron obligados a trasladarse a Murano para evitar que sus hornos redujesen la ciudad a cenizas). Los incendios se suceden: el 4 de enero de 1529 se quema el monasterio de Santo Stefano, en dos horas arden los almacenes de muchos librerías; en 1557 un incendio destruye casi íntegramente el almacén de los Giunta llevándolos al borde de la quiebra. A las hogueras fortuitas se añaden las realizadas por voluntad de la Iglesia contra los libros prohibidos: el 18 de marzo de 1559 se queman en la Plaza de San Marcos entre 10.000 y 12.000 volúmenes.

Hemos visto cómo era la capital del libro en el siglo xvi. Ahora intentemos entender cómo logró tal éxito Venecia. El alemán Johannes Gensfleisch, llamado Gutenberg, imprime su Biblia en Maguncia (Mainz) entre 1452 y 1455. El primer libro fechado es de 1457, las primeras tipografías fuera de Maguncia abren en 1465, en otras dos ciudades de Alemania y en Italia. Precisamente aquel año dos clérigos alemanes, Arnold Pannartz y Conrad Sweinheim, siguiendo la ruta de los benedictinos que une Maguncia con Italia, llegan con sus herramientas de impresión al monasterio de Santa Scolastica, en Subiaco, cerca de Roma (justamente donde san Benedicto había fundado la or-

den), y publican el *De oratore* de Cicerón. Es el exordio italiano de la imprenta, que se expande como fuego sobre hierba seca: de las 110 tipografías europeas activas en 1480, cincuenta se encuentran en Italia, treinta en Alemania, nueve en Francia, ocho en España y el resto está repartido por el continente.³⁶

Quien trae la imprenta a Venecia es alemán. Johann de Spira (Speyer) también publica a Cicerón, las *Epistulae ad familiares*, en 1469, como ya hemos visto; solicita y consigue un privilegio de Señoría de la Serenísima. El privilegio es una institución bastante común en la Europa de la época. En concreto se trata de una autorización de monopolio cuando se empieza una nueva actividad o se crea algo nuevo dentro de una actividad ya instalada.³⁷ El que se le concede a Johann es un privilegio quinquenal, pero también los hay por decenios o incluso por veinticinco años de duración. Sin embargo, el privilegio está ligado a la persona a quien se le concede, y como el impresor muere pocos meses después de la concesión, Venecia se convierte en un mercado libre y enseguida varios tipógrafos, naturalmente alemanes, abren sus imprentas. En toda Europa son los impresores procedentes de Alemania quienes difunden la nueva técnica tipográfica: «verdaderos nómadas, se detienen en las ciudades según los encargos y, ricos solo de su ciencia y de unas limitadas herramientas, buscan a un inversor que les permita establecerse y una ciudad donde se encuentren las condiciones necesarias para fundar una oficina tipográfica estable».³⁸

Que Venecia debe su primacía a los impresores inmigrantes de Europa central es indudable: en el siglo xv casi la mitad de las ediciones venecianas se deben a alemanes y el 80 por ciento de los 1.600 incunables conservados en la British Library «lleva signos relativos a las rúbricas que conducen al mundo alemán».³⁹ En otras palabras, los alemanes inventaron la imprenta, pero para vender libros se fueron a Venecia; descubrieron la

tecnología, pero para desarrollar el negocio tuvieron que emigrar, y la rica y culta Italia constituyó el destino privilegiado.

Para que imprimir libros se convierta en una actividad de éxito se necesitan tres condiciones: alta concentración de intelectuales, amplia disponibilidad de capitales y una alta capacidad comercial. La cercana Universidad de Padua provee el capital intelectual; el aspecto financiero queda a cargo de los riquísimos mercaderes que se están convirtiendo a la agricultura y quieren diversificar las inversiones, y la capacidad y la red comercial son las propias del estado europeo más rico y poderoso de finales del siglo xv. Los libros, de hecho, viajan en los barcos que desde hace siglos comercializan los bienes que han vuelto grande a la Serenísima. Venecia —en la cúspide de la expansión territorial (para impedirle que conquiste Milán en la ya citada batalla de 1509 se aliarán casi todos los estados europeos de la época)— dispone de rutas mercantiles que la unen de forma regular con Europa central y Oriente Medio, y que incluso llegan más allá. Después del naufragio de los barcos que se dirigían a Southampton, en 1432 Pietro Querini había llegado a las islas Lofoten y había intuido el gran potencial del pescado seco, por lo que había conseguido abrir una línea comercial permanente con Noruega. Si bien la ruta de la seda recorrida por el veneciano Marco Polo ya está interrumpida, sus conciudadanos siguen frecuentando Persia y Siria. Por otro lado, que Venecia fuera el ombligo del mundo comercial de aquel tiempo lo confirma también William Shakespeare; de otra forma no hubiera escrito *El mercader de Venecia* y no le hubiera hecho decir a Salarino en la primera escena del primer acto: «Tu mente vuela sobre el océano, / donde tus naves, con las velas hinchadas, / cual señoras o ricas ciudadanas de las olas, / dominan a los pequeños traficantes / que cortésmente las saludan cuando las encuentran en su rápida marcha».⁴⁰

Considerando que el transporte naval es el más común y el menos costoso de la época, los embalajes de libros se adaptan al peligro del agua: los volúmenes sueltos viajan recogidos en bales o en el interior de barriles y cajas impermeables gracias al alquitranado. Sabemos que en 1498 una caja enviada por Aldo Manuzio se recupera tras el naufragio del barco que la transporta; los libros resultan dañados, pero no de forma irre recuperable y serán puestos a la venta.⁴¹

Y aún hay más: Venecia es, sobre todo, libre. Cuidado, la Serenísima no es liberal en el sentido moderno, pero comparada con los estados contemporáneos suyos ofrece un inalcanzable clima de libertad y, de hecho, hasta 1553 la censura no estará presente. No es para nada casual que en Venecia vivan y prosperen comunidades extranjeras y de diferentes religiones, hecho impensable en otros lugares. Griegos y armenios huidos del régimen otomano, o judíos supervivientes de las persecuciones en España y en otros países europeos, encuentran asilo en la laguna y serán, como veremos, extraordinarios impulsores del desarrollo de la imprenta. Y eso no es todo: dentro de las fronteras del estado veneciano, sobre todo en los dominios de ultramar, viven pueblos que hablan lenguas distintas —que también constituyen un mercado interesante—, y de las prensas venecianas saldrán, si no los primeros, seguramente los más tempranos libros glagolíticos (antiguo croata) y cirílicos (para la liturgia ortodoxa rusa).

Además, mientras que en Alemania la imprenta nace bajo la protección de la Iglesia católica, en Venecia está financiada por los patricios de los círculos humanistas; si a finales del siglo xv el 45 por ciento de los libros europeos tiene carácter religioso, el porcentaje baja al 32 por ciento en Italia y al 26 por ciento en Venecia. El poder eclesiástico no consigue ejercer su influencia (por ejemplo, los obispos son súbditos en Venecia y

tienen que conseguir el beneplácito del gobierno) y la Inquisición llegará con retraso y de forma atenuada, tanto que en la primera mitad del siglo xvi la libertad de prensa es casi absoluta. No sorprende que en un estado rico y libre los emprendedores se multipliquen por doquier.

Es más, hoy tendemos a pensar en Venecia como una ciudad-estado. Nada más lejos de la realidad. La Serenísima dominaba extensos territorios y para su tiempo se podía considerar un gran estado que englobaba a casi un tercio de la actual Italia del norte, además de regiones más o menos amplias de Eslovenia, Croacia, Montenegro y Grecia, hasta llegar a las grandes islas mediterráneas de Creta y Chipre. Venecia, como ya se ha mencionado, era una de las tres megalópolis del siglo xvi; además, el estado veneciano era uno de los más urbanizados e industrializados del continente entero; también contaba con dos de las veinte ciudades europeas con más de 50.000 habitantes (Verona y Brescia), y los centros urbanos de tamaño medio eran mucho más grandes que los centros análogos de otros países europeos (Arzignano, por ejemplo, contaba con 7.000 habitantes; la inglesa Manchester tenía en la época 4.000). Solo el Véneto y Flandes tenían más del 16 por ciento de población urbanizada (particularmente en la primera región el 20 por ciento de la población vivía en ciudades con más de 10.000 habitantes)⁴² y solamente el Véneto y Lombardía (que en su mayoría pertenecía a la Serenísima) disponían de enormes cantidades de energía hidráulica, necesaria para mover los molinos, gracias a las aguas que manan incesantemente a los pies de los Alpes.

Por eso la república es líder en la producción de papel, que se concentra a lo largo de los ríos Brenta y Piave y en la vertiente occidental del Lago de Garda (se calcula que para producir un kilo de papel se necesitaban 2.000 litros de un agua límpida y

transparente), y por eso «Venecia en breve domina la industria tipográfica italiana y durante un tiempo también la europea». ⁴³ Produce 5.000 de los 12.000 incunables impresos en Italia, el 45 por ciento de la producción europea (los incunables son los libros publicados durante el siglo xv). Por esta razón el primer impresor italiano, en 1470, es un súbdito de Venecia: Clemente de Padua. El auge ocurre entre 1526 y 1550, cuando Venecia publica casi tres cuartas partes de las ediciones impresas en Italia y la mitad de todas las producidas en el continente. En los siguientes veinticinco años baja a un respetable 61 por ciento. Los libros allí publicados se distinguen también por otras particularidades, es decir, «por la atención específicamente veneciana hacia lo que facilite la lectura: tablas de contenido, índices, notas». ⁴⁴

En medio de este cúmulo de triunfos, también hay lugar para que las leyendas florezcan: en el siglo xix, por unos documentos sin identificar y luego perdidos, se le discute la invención de la imprenta a Gutenberg para atribuírsela a Panfilo Castaldi, médico y humanista, nacido en Feltre, espléndida ciudad renacentista a los pies de los Prealpes vénetos y que luego vivió en Capodistria (Koper) y en Zadar (hoy en Eslovenia y Croacia, respectivamente), en las orillas del Adriático. Castaldi abandona la medicina durante un tiempo y se dedica a la imprenta; tras constatar que en Milán aún no hay nadie que trabaje con prensas, sellos y tipos, consigue un privilegio del duque Galeazzo Maria Sforza y en 1471 publica el primer libro impreso en la ciudad. El negocio es tan goloso que un tal Filippo da Lavagna desafía al régimen monopolístico e implanta una nueva tipografía en Milán. Hacia la mitad de 1472, Castaldi se ve obligado a claudicar, vende las herramientas y vuelve a trabajar como médico a orillas del mar. Hasta aquí la verdad histórica. En el siglo xix, durante un tiempo, en Italia se afirmaba que había

sido él el verdadero inventor de la imprenta de tipos móviles y que Gutenberg lo había copiado atribuyéndose el mérito, casi como hizo Alexander Graham Bell con Antonio Meucci en lo que concierne al teléfono. Pero en el caso de Castaldi no era verdad. Sin embargo, todavía hoy, en la placa del monumento que le ha sido dedicado en su ciudad natal, se le atribuye la paternidad de una invención que no es suya.

En Venecia, como ya se ha mencionado, además del libro nace el negocio del libro. Es aquí donde se empieza a llamar «editor» a quien hace inversiones en la imprenta, y puede tratarse tanto de los productores de papel como de mercaderes, tipógrafos, intelectuales y, en ocasiones, de los mismos autores de las obras.⁴⁵ Se forman las primeras grandes sociedades editoriales y comerciales, en algunos casos multinacionales. Los editores más importantes del siglo XVI, encabezados por los florentinos Giunta (luego Giunti), empiezan su actividad en la República de San Marcos. «Especializados en libros religiosos y devotos, vendían sus obras de contrabando e incluso publicaban textos censurados; disponían además de una red de ventas que cubría toda Europa.»⁴⁶ Una línea directa une a los dos centros culturales más importantes de la Italia del Renacimiento: Venecia y Florencia. De hecho, el florentino Girolamo Strozzi no tarda en instalarse en la laguna, desde donde organiza las ventas de libros en Florencia, Siena, Pisa, Roma, Nápoles, y también en la filial del Banco Médici en Brujas y en el Marco Strozzi en Londres, accesibles por vía marítima con los barcos mercantiles venecianos. Los clientes potenciales eran los mercaderes florentinos que residían en las dos ciudades extranjeras. Un agente de Girolamo Strozzi visita a todos los productores de papel cada quince días para verificar que los libros están efectivamente en la tienda y que no hayan sido prestados a amigos. Además, el agente controla las obras antes de la entre-

ga para verificar que no falten páginas o pliegos y evitar así que los libreros reclamen una nueva copia en sustitución de la supuestamente defectuosa (estos solían intercambiar páginas para completar los ejemplares mutilados); finalmente, antes de reemplazar un ejemplar vendido, tiene que conseguir que le entreguen el dinero, tarea nada sencilla porque los comerciantes tienden a comprar a crédito y a retrasar los pagos.⁴⁷

Apenas diez años después de la introducción de las primeras prensas por obra de Johann de Spira (su hermano Wendelin continúa con la actividad y en 1477 publica la primera edición comentada de la *Comedia* de Dante Alighieri), algunos editores importantes se unen para dar vida a grandes grupos. En 1479 nace la Compagnia di Venezia, una sociedad editorial formada sobre todo por no venecianos, que en un año imprime veinte libros. El francés Nicolas Jenson, fundidor en la oficina parisina del cuño real, muere casi enseguida y deja las riendas a Peter Ugelheimer, habilísimo mercader de Fráncfort y dueño de un albergue para los peregrinos alemanes que van a Tierra Santa. Ugelheimer dedica su vida «al desarrollo y articulación del comercio internacional e interregional del libro veneciano».⁴⁸ Además, posee una colección de libros espléndidamente miniados y encuadernados (dos de estos, de Jenson, han sido definidos como «las más extraordinarias entre todas las encuadernaciones del siglo xv» por el estudioso de encuadernaciones renacentistas Antony Hobson, el primero en volver a verlos después de siglos, en 1990, en Gotha, en la Alemania recién unificada).⁴⁹

A través de la compañía nace un «cartel de mercaderes con sede principal en Venecia, capaces de organizar a gran escala, pero sobre todo entre el centro y el norte de Italia y Alemania, el comercio de libros, tanto los producidos por sí mismos como los producidos por otros».⁵⁰ En las ciudades donde comerciali-

za sus libros, la compañía contrata a productores de papel. Estos son libres de continuar su actividad tradicional, la venta de manuscritos, pero junto con el nuevo producto, sin riesgo alguno porque reciben un salario mensual. En 1485 Ugelheimer se traslada a Milán y establece una red de sucursales en las más importantes ciudades universitarias de la Toscana que funcionan como terminales de la producción veneciana.

De nuevo en el eje Venecia-Florenia los Giunta crean una de las más importantes multinacionales de la época (todavía existe una editorial Giunti, pero se fundó en Florenia en 1840 y no tiene relación directa con su homónima renacentista). Lucantonio el Viejo nace en Florenia y se traslada a Venecia a los veinte años, en 1477, para dedicarse al comercio del papel. Su gran paso del papel blanco al papel negro se produce en 1491, y se calcula que hasta el año de su muerte (1538) publicó 410 títulos. Sus hijos seguirán con la actividad; los Giunta gestionan directamente librerías en España y en Palermo; en 1520 abren una filial en Lyon, y todas las sedes en el extranjero están firmemente dirigidas por un miembro de la familia. El negocio de la época está representado por los misales y Lucantonio lo sabe; publica uno en cada lengua, según le piden, y los envía a España, Alemania, Austria, Croacia, convirtiéndose en el mayor impresor de libros religiosos del mundo. Está atento al *marketing* y por cada tirada prevé cierto número de copias para regalarlas a personajes célebres y poderosos (al de los libros añade el comercio de otros bienes: seda, azúcar, pimienta, aceite y especias).

La distribución utiliza dos canales, el profesional y el basado en los frailes. A través de los religiosos, que llevan los volúmenes a los diversos conventos de sus órdenes, los Giunta venden dos quintas partes de la producción; se trata de puro negocio porque los frailes venden tanto textos religiosos como libros seculares (la *Ilíada*, por ejemplo). Es posible que los religiosos

tuvieran canales de venta inaccesibles para los libreros (los albergues para los peregrinos que iban a Tierra Santa, por ejemplo). Alrededor de 1560 el mercado principal para los Giunta sigue siendo Venecia, seguida por Lyon con una relación de dos a uno; sorprendentemente, y más tratándose de florentinos, en Florencia se registran ventas muy bajas. Pero Lucantonio y sus herederos no se centran en el mercado local; son mercaderes internacionales que se focalizan en el libro en latín y solucionan de manera eficaz el problema de llevar cierto número de productos, de bajo valor unitario, a compradores diseminados por el territorio. Resulta fundamental, por tanto, estructurar una red comercial poderosa, utilizada también para otras mercancías, y mantener sólidas relaciones mercantiles. «Gracias a su actividad de mayoristas [...] consiguen la hegemonía del sector del libro en Europa.»⁵¹

Industrialización, globalización, *marketing*: todo está presente en la Venecia renacentista. Se trata de sucesos de hace medio milenio, pero las capacidades productivas y comerciales manifestadas en la capital mundial del libro de la primera mitad de siglo XVI encajarían perfectamente entre las historias de éxito de las empresas contemporáneas.